

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

UNA VOZ.

¡Qué bien que retrata
La clara laguna
La luz de la luna
Y el fuego del sol!

UN SACERDOTE.

Se erija á Mexitli
Altar en la roca:
Si el pueblo le invoca
Darános favor.

OTRA VOZ.

Merced á la industria
Que doma elementos,
En la agua cimientos
Pondrémos al fin.

CORO.

Del lago tranquilo
Serán los espacios
Ciudad de palacios,
Eterno jardín.

III.

La tribu alzó santuario
De verdes flexibles cañas,
Y también pobres cabafias
Junto al peñon solitario.

Y tal fué la humilde cuna
De México, que en su historia
Retrata en desdicha y gloria
Las vueltas de la fortuna.

De Itzcohuatl engrandecida,
Bajo Tizoc respetada,
Con Moctezuma aherrojada
Y con Guatimoc vencida.

Vió elevarse en su recinto
Sobre sus aras profanas
Las basílicas cristianas
Y el pendon de Cárlos quinto.

De indígenas y extranjeros
Surgir una raza mista
Que á la colonia conquistada
De libre nacion los fueros.

Después, en odio profundo
Y en fraterna lid menguada,
Cruzar sus hijos la espada
Con escándalo del mundo.

¡Cuánto ha sufrido, sí, cuánto
La reina de este hemisferio!
Desmembrado está su imperio
Y hecho girones su manto.

Sentada en frondosa vega
Lágrimas vierte hilo á hilo,
Y acrece el lago tranquilo
Y así en su llanto se anega.

Y medita en sus dolores,
Presa de rudos afanes,
A la luz de sus volcanes
Y al vaiven de sus temblores.

XXIII.

RODRIGUEZ RIVERA (RAMON.)

ODA AL TRABAJO,

(leída por su autor en la Exposicion Veracruzana.)

**

Noche, luctuosa noche era el espacio,
Y oscuridad y sombras y tinieblas
Vagaban en redor del pensamiento.
Un inmenso hormiguero se agitaba
Sin rumbo ni destino, tropezando
En la selva oscurísima del mundo.
De cuando en cuando en horizonte negro
Una chispa brillaba un solo instante
Y al perderse en el caos imprimía
Un recuerdo de luz en la memoria
Y un rayo de esperanza en la conciencia.
Lentas las aguas, silenciosas, mudas,
Se encharcaban fangosas en las cuencas,
Y apenas si la vida palpitaba
Germinal en la linfa de su seno
Y sin fuego la audáz naturaleza
Invadir parecía, hiedra insaciable,
El ruinoso edificio en que dormía
Sin luz y aprisionado el pensamiento.
Niña la humanidad, á la ventura
Iba regando su bendita fuerza
Sin recoger como el maná celeste
De la cosecha el abundante fruto.
Con temor y trabajo balbutía
Como intuición de un porvenir lejano
Voces desconocidas y rumores
Que resonaban levantando un eco
En corazones, valles y montañas.
Era en aquellos tiempos de ignorancia
La libertad un mito, y el derecho,
La opresion y el dominio del más fuerte.
El alma aletargada no rompía
Su crisálida cárcel tenebrosa,
Para tender sus alas al espacio
En busca de la luz y de la vida.
El redentor trabajo, dicha y gloria
Con que el hombre elabora su destino,
Eran pena y castigo que infamaban
Al obrero incansable del futuro,
Y el llanto y el sudor con que fecunda
Se hace á la tierra del erial desierto,
De esclavitud el látigo infamante;
Fruto de maldicion, su fruto santo.
Y solo interrumpía el pavoroso

Silencio de esa noche de mil siglos,
El gemido tristísimo del hombre,
El pensamiento, la razon, la idéa:
El vocablo igualdad era un insulto,
Un crimen contra el fuero de los grandes
Y en el conjunto del lenguaje humano
La palabra PROGRESO aún no nacía.
Marasmo y abyeccion, honda tristeza
Y division de castas y de razas,
Y la justicia, odioso privilegio,
Minaban sin cesar el edificio
De sociedad añeja y carcomida.
De la Grecia socrática y severa,
Se habian olvidado los fulgores,
Y el mundo se arrastraba envilecido
Besando el pié del opresor tirano.
La hidra aterrodora del pasado
Se retorcia, señora de los mundos.
Devorando los siglos que llegaban
Y destilando su letal veneno
En la frente, en el labio y la conciencia.
Flotaron en la atmósfera invisibles
Espíritus del mal que combatieron
A la naciente luz, y las idéas
En la hoguera tornábanse en ceniza.
¿Dónde estabas, ¡oh Dios! que así arrastraron
Tu nombre y tu poder, en dónde estabas?

**

Al fin sonara en el reloj del tiempo
La hora de redencion, hora bendita,
Y el espacio, llenó con sus latidos,
Haciendo estremecer valle y montaña
La humanidad, sufrida Promotéo,
El hierro al fin rompió de sus cadenas
Y saludó, con gritos de alegría
El ténue resplandor de la mañana
La nueva aurora iluminando el cielo
Bañó de tibia claridad el orbe
Y se agitó la ciega muchedumbre
Despertando á la vida de la idéa
De libertad, y de igualdad las voces
En el lábio del mártir Galileo
Fueron una esperanza de ventura
Que el pecho dilató con su promesa.
La humanidad, enjambre laborioso,
Construyó la colmena para templo
Donde al trabajo se rindiera culto,
Culto y adoracion y reverencia,
Y al zumbir fué su alegre vocerío
Armonia celestial, himno alabanza
Al Dios del porvenir, advenimiento
De la luz á la ergástula del mundo.

**

Yo te saludo ¡oh sol de nuestro siglo!
Sol de la libertad del pensamiento
Que al calor de tu lumbre fecundizas
El trabajo del hombre y de la tierra,
Yo te saludo ¡oh sol! Des que llegaste
Madre naturaleza resucita,
Y una fuerza gigante por sus venas
En rios circula de abundante sávia.
A tu sola presencia se transforma
Cuanto tu fuego productor anima,
Desde la cima del volcan al antro
Valle, y colina, y monte y mar y río.

Surca el arado la llanura estéril
Y de su seno brotan los cañales
Que al filo de la hoz doblan humildes
Sus atrevidos y sonantes cuellos.
Tritura sin piedad el grano duro
Rueda inflexible, dócil á las aguas
Que incansantes la mueven sobre el eje
Donde gira sin tregua ni descanso.
Como legion de espíritus vivientes,
Mensajero del hombre, escala el cielo
El humo que abandona en la ceniza,
Rescoldo de la lumbre y las idéas.
En el regazo de montañas verdes
Un tiempo selva enmarañada, inculta,
Se tiende la ciudad con sus palacios,
Sus fábricas, sus torres, y sus muros,
Erizada de enhiestas chimeneas,
Respiraderos de su ardiente vida;
Cruza á sus piés el murmurante arroyo
Cuyas orillas bordan las praderas
El labrador, la yunta y las cabafias;
Y con ruido de fiesta forja el hierro
Adherido á la entraña de la roca
El obrero incansable, y tronco añoso
Convierte en escultórica figura
Mezclándose al alegre vocerío
Del vapor los silvidos penetrantes.

**

Espíritu gigante! esa es tu obra,
Y obra tuya también esta imponente
Catedral levantada para el culto
Del trabajo, profeta del progreso.
Más ay! para cantar á tu grandeza
Es muy pobre el language de los hombres,
Y se ahoga temblando en mi gaganta
Impotente la voz—Rómpete lira!

XXIV.

SIERRA (JUSTO).

FRANCIA.

A LA MEMORIA DE M. THIERS.

**

Hay, Francia, en tí, la dualidad suprema
Del alma y la materia; cuando arrojas
Al porvenir sacrilego anatema
Y rechazas la luz del día futuro
Eres entónces la materia; impuro,
Francia del mal, tu hábito; un espectro
Efímero es tu gloria;
El soldado, el levita, el incendiario
Tus misioneros son, y es un sudario
Tu cielo y un patíbulo tu historia.

De toda gran idéa
Profanadora trágica, es en vano
Que con la voz de libertad te escudes:
Nadie cual tú conoce el soberano
Secreto de encarnar en un tirano

El alma de las negras multitudes;
Y, Luzbel de la historia, ya caído
En tierra, rota la sangrienta espada,
Y de odio y de ira moribundo,
La sombra de tu ala quebrantada,
En noche se condensa sobre el mundo.

Ah! frente á tí la Francia del espíritu
Se alza á luchar ¡ que triunfe!
¡ Que triunfe el pueblo del heroico pecho
Que hace un siglo salió de su sepulcro
Armado caballero del derecho

Alma madre, salud! ¿ cuál no siente
De los jóvenes pueblos, el estrecho
Vínculo filial que á tí lo enlaza?
De los que han sus cadenas quebrantado,
¿ Do está el que no haya con tu idea,
Con tu idea y tu sangre comulgado?

Hoy la voz de esos pueblos á tí viene,
Como el rumor de inmensa simpatía
Que escuchó Prometeo
En torno de su roca de agonía;
Las naciones nuevas
Tus océanides son, ellas perdonan
A aquella que si pudo
Convertir la victoria
En instrumento de opresión impía,
En una hora de martirio, expía
Todo un siglo de crimen y de gloria.

Esos pueblos te aclaman:
Más aún, te bendicen conmovidos,
Y así siempre será, mientras que seas
El eco para todos los sonidos,
La fibra para todos los latidos
Y el ala para todas las ideas.

Mientras en tu verbo espiritual se agite
La humanidad futura, y en tu seno,
Donde encendido hogar los hombres tienen,
Como en el beso conyugal palpita
El alma de las épocas que vienen.

Eres el corazón que no se cierra
Urna de amor, á los agenos duelos,
Y se esparce tu espíritu en la tierra
Como la luz se esparce por los cielos;
Todo lo dices tú, todo lo sientes;
Nueva Babel de inmensurable alteza
A donde vuelven las dispersas gentes
A confundir sus sueños de grandeza.

Oh! Francia, ayer vivías de esperanza;
Tornóse el sueño realidad: avanza!
Allá va el buque entre las crespas olas,
Lleva el dócil timón piloto experto,
En cuya frente pensativa y grave
Brilla la fé en el rumbo y en el puerto:
Mas se pára de súbito la nave....
¡ Un hombre al mar!....

Silencio! Thiers ha muerto!

Fué ese hombre el pasado,
Y era también el porvenir; su historia
Es, ay! la de su siglo, ayer la cima,
Hoy la cima.... mañana lo ignorado.

Grande para lo útil, él vivía
De la acción en la viril poesía:
Lo encontró frío y en aplausos párcos
De su tiempo la múltiple utopía;
Era un rey de si mismo....
Y por eso con fuerza soberana,
Serenos como un hombre de Plutarco
Atravesó por la tragedia humana.

Tuvo un rencor sagrado, el despotismo
Luchó con él: su voz fué desoída....
Y en la hora fatal de la caída
Descendió por su Francia hasta el abismo

Y la condujo al sol; le dió su aliento,
La hizo vivir, la enderezó en la altura
Y en su rota y manchada vestidura
Tornó á enhebrar su luz el firmamento.

Cuántas cívicas palmas, cuánta gloria,
Pero cuánto dolor; en la tribuna,
Su pedestal de mármol, mar violento
De odio lo asaltó; náufrago y triste
De tu enseña al amparo al fin le viste
Oh! bendita República.

Alto ejemplo
De razón y de fé, cual peregrino
Que después de las penas del camino
Reposa y muere en el umbral del templo

Era, sér libre, el precio de la vida
Para aquel luchador; era creencia
La libertad, en él, tan dulce y fuerte,
Que á extinguir esa luz en su conciencia
No era bastante el soplo de la muerte.

Con esa luz sublime en el profundo
Sufrir de nuestro siglo, halló la calma;
Y, perla oculta en el dolor del mundo;
Fué para él la eternidad del alma.

Más allá el rayo de su antorcha pura
En los espacios proyectó, y era
Como ráfaga de oro atravesando
La noche de los mares sin rivera.
Y allí, do el pensador de otras edades,
Miró la realidad que cubre el mito;
En esa región que no se nombra
El, con su luz eterna, vió una sombra,
La gran sombra de Dios en lo infinito.

Así, la libertad, llama divina,
No la que incendia, no, la que ilumina,
No era un vano nombre
Sino un alma y un Dios para ese hombre.

Será inmortal; lo que su patria viva
El vivirá; por eso será en vano
Que quiera el mal con su tiniebla impura
Empañar la labor del gran anciano.

Cuando la hora presente de la historia
Desaparezca, surgirá serena,
Serena como el bien esa memoria,

Nacen las tempestades, llegan, crecen,
Enlutan el espacio y desaparecen;
Mientras las cimas que corona el hielo
Al través de las nubes permanecen
Eternamente erguidas en el cielo.

Pueblo francés, sublime mutilado
A quien la mano de Voltaire un día
Ungió del alma libertad soldado,
Deja á los pueblos libres
Que dudaron jamás de tu destino,
Cuya sangre caldea
El sacro ardor del corazón latino,
Que en este instante de dolor augusto
Tu diestra estrechen con filial respeto
Por encima del féretro del justo;
Deja que hoy, Francia, que la muerte impía
Tu noble frente con su sello marca,
Mi patria al tuyo su dolor adune;
Nos separó la tumba de un monarca,
La tumba de un repúblico nos une.

México Octubre de 1877.

XXV.

VILLALON (JUAN DE DIOS.)

(Ante el cadáver del ilustre maestro Ignacio Ramirez.)

En lucha con el ciego fanatismo
Fué su dios la razón, astro radiante,
Que, el juicio iluminando, deslumbrante
De la visión calcina el organismo.

Perdida por el mar del idealismo,
En la duda encalló su alma gigante;
Y de la vida en el bregar constante,
Rompió su casco y descendió al abismo.

Despedazados los vitales nudos
Sólo nos queda de su sér, un nombre
Para la Patria y el hogar bendito:

Sus despojos ahí! . . . testigos mudos
De la ovación final que rinde el hombre
Al átomo que vuelve al Infinito.

México, Junio 17 de 1879.

XXVI.

ZARATE. (CLOTILDE.)

MEDITACION.

Entre argentadas nubes, sublime y magestuosa,
Elévase la luna, con pálido fulgor,
Cual la modesta vírgen que encubre pudorosa
Con trasparente velo, su rostro encantador.

Cintilan en el cielo las fúlgidas estrellas
La esplendorosa Lira y la radiante Cruz,
Fugaces aparecen exhalaciones bellas
Que marcan una estela de indeficiente luz.

La embalsamada brisa suspira blandamente
Y á su contacto leve la matizada flor,
Su cáliz entreabriendo, se mece suavemente
Y tímida despide su aroma embriagador.

Es la hora del reposo, conmuevese mi alma,
Agítase al impulso de mágica ilusión
Y de otra edad bendita de venturosa calma
Evoco los recuerdos que adora el corazón.

De esa época tranquila y agena á los dolores
Que oprimen á la triste doliente humanidad,
Y en que el alegre niño camina sobre flores
Que ocultan á sus ojos la horrible realidad;

Cuando en dorados sueños nos muestra la esperanza
De rosas y azucenas sembrado el porvenir
Que nuestra débil mente á comprender no alcanza,
Que en páramo desierto se llega á convertir.

¿ A dónde están los goces de aquella edad primera?
¿ Dó están aquellas horas de dichas y placer?
Pasaron como pasa la ráfaga ligera,
Cruzaron cual meteoros para jamás volver.

¡ Oh faro de la noche! Antorcha de consuelo!
Alumbra el mar hirviente, el campo y la ciudad,
Y así como las sombras del anchuroso cielo
Disipe las de mi alma, tu suave claridad!

XXVII.

ZARATE (EDUARDO E.)

JUVENTUD.

Envuelta en luz, de mirtos coronada,
La conciencia tranquila, el alma pura,
Avida de placer, al mal negada,
Súbdita nada más de la hermosura,
Y en los cielos perdida la mirada:
Tal es la Juventud, edad dichosa
En que cual perla en nacarada rosa,
En el labio sonriente
Asoma del amor el nombre ardiente.

¡ Salve plácida edad, altiva y bella!
Como nítida estrella
Vas lanzando vivísimos fulgores
Y brotan de tus pasos en la huella
Blandos aromas y lozanas flores.

Todo á su dulce voluntad se inclina,
Por donde ella camina
La torva faz ocultan los pesares,
Ahuyenta á la maldad con sus cantares
Y el antro de las dudas ilumina,
Como el sol los abismos de los mares.